

en el clero el triste papel de Judas en el apostolado. La clemencia inagotable del Divino Maestro condujo sin embargo, años después, á este mismo desgraciado sacerdote, y ya ex-fraile, á la ciudad de Izamal, para que herido, como entonces se encontraba, de una gravísima enfermedad, y teniendo casi todo el cuerpo hundido en el sepulcro, se presentase ante el verdadero y digno fraile, ante el santo sacerdote, Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento, para que éste lo convirtiese á Dios, y con este sólo acto, pusiese la propia mano de Dios en parangón ostensible, solemne y palpitante, á los dos tipos contrarios, para instrucción de todos.

No podía ofrecerse al Venerable Padre Lector un motivo más grave para ejercer su prudencia, su caridad y celo. Constituyóse inmediatamente al lado del moribundo cohermano, para que éste, en aquellos solemnes y rápidos instantes, hiciese todo lo que en su vida debía haber estado haciendo: todo por Dios y para Dios. Oigamos el relato del mismo paciente, quien como se verá, refiriéndose al Venerable Padre, le dá el título de "Beato y Santo Religioso" como de un tipo diverso del suyo propio, siendo esta confesión y testimonio, uno de los mejores elogios históricos que pueden hacerse de nuestro Venerable Padre. Dice, pues, aquél, así:

"Me propuse á recibir  
 Los admirables portentos  
 Que los santos sacramentos  
 Le brindan al pecador.  
 Reflexioné con dolor  
 En todas mis travesuras,  
 Cuyas solemnes locuras  
 Detesté aquella ocasión.  
 Mi general confesión  
 Hice con *un Fraile Beato*:  
 Tanto me dijo en un rato

Aquel *Santo Religioso*,  
 Que consentí muy gustoso  
 En morirme aquel momento,  
 Porque mi arrepentimiento  
*Pasó á ser tan verdadero*,  
 Que del pecado grosero  
 Misericordia invocaba.  
 Del mundo no me acordaba  
 Sino para avergonzarme,  
 Porque en él *debía portarme*  
 Como hijo del Salvador.  
 En fin, recibí al Señor  
 Contrito y arrepentido;  
 Fui solemnemente ungido,  
 Un Santo Cristo tomé,  
 Y en su presencia lloré  
 Las culpas que había tenido."

El estado del ex-fraile moribundo llegó á los términos de una crisis, é iba á decidirse la convalecencia ó la muerte. El Venerable Padre Lector esforzó su celo porque aquel mostrara deseos y resolución de recibir de nuevo el santo Hábito, renovando sus votos, con el noble fin de que si moría, compareciese ante el tribunal divino transformado en lo que realmente debía ser por su estado y por su profesión; y si convalecía, para que sirviera á Dios y á la Iglesia, edificando á las almas con una vida nueva y enteramente contraria á la que hasta entonces había llevado. Hablóle, pues, en tal sentido, y el moribundo con acento conmovedor renovó sus votos, é hizo formal promesa de tomar de nuevo el santo Hábito. Pronunció aquellas palabras en los instantes de entrar en la crisis: su voz en seguida se extinguió, y todos suspensos aguardaban los efectos de la bondad divina y de la medicación. El ataúd estaba preparado, el sepulcro abierto, las cam-

panas tocaban agonía y los sacerdotes rodeaban el lecho del moribundo.

Hasta aquí había querido el Señor conducir á aquel pecador, que podemos, y aun debemos, calificar de dichoso y feliz, porque se había convertido de veras; y porque no habiendo sido la enfermedad para matarle sino para restaurarle espiritualmente, la crisis se decidió favorablemente á la vida, pues el enfermo durmió tranquilo y despertó completamente curado. Oigámosle:

“Como media hora dormí,  
Y al despertar ya me ví  
En otro hombre transformado.”

Pero ay! entre tanto que Dios y su gran siervo el Venerable Padre Lector trabajaban empeñosamente en la conversión del mal fraile, el enemigo de las almas no abandonaba su presa, y le trajo una gran tentación al convaleciente en el mismo instante de volver, por decirlo así, á la vida. Un mal amigo, desempeñando el más triste papel, hizo trasladarse de Mérida á Izamal á la desgraciada mujer con quien tenía relaciones ilícitas el moribundo, precisamente cuando la prudencia y la caridad previenen el alejamiento de una persona cómplice. Llegó la mujer á la ciudad en los momentos más críticos, causando un escándalo general con las extremas demostraciones de su inconsolable y criminal aflicción. Hizo más el falso amigo, ó más bien, ministro de Satanás, pues sabiendo lo favorable de la crisis y el consiguiente restablecimiento del enfermo, fué en el acto á verle y hablarle de la presencia en Izamal de la referida mujer. El convaleciente recibió con esto en su moral un terrible golpe; rechazó sin embargo tan vehemente tentación, y mandando darle una suma de dinero (\$50) á aquella malhadada mujer, le hizo suplicar que se dignara retirar y no pensar más en él. El estado de gracia en que se encontraba el enfermo le hizo triunfar por un momento; pero quedó bien pronto de nuevo

dispuesto á caer fácilmente, de modo que su triunfo no fué completo. Borrósele de la memoria y del corazón haber prometido abrazar de nuevo el estado religioso y vestir el santo Hábito, en tales términos, que ya los actos del cumplimiento de su promesa fueron de apariencia, sólo por un compromiso, como ineludible en sus circunstancias, habiendo llegado hasta á sospechar, que el Venerable Padre Lector (que tantos y tan inefables consuelos le había hecho disfrutar en pocas horas), se hubiese valido de la ocasión, para suponerle una promesa que él no recordaba, y que ya más bien creía no haber hecho. ¡Qué ingratitud, suponer falta de veracidad al que ya le constaba ser verdaderamente un “Beato y Santo Religioso!” Veámos cómo refiere todo esto el paciente mismo, en seguida de la enarrada tentación que sufrió. Dice así:

“Después de esa tentación,  
El médico y el confesor  
Vinieron con mucho amor  
A darme conversación.  
*Atribuían* la ocasión  
De haberme recuperado,  
Al Seráfico llagado,  
A quien dije con fervor,  
*Según decía el confesor,*  
Que si salud adquiría,  
Nuevamente vestiría  
El Hábito que dejé.  
Y que al instante logré  
Del Dios eterno y afable,  
Una crisis favorable  
Que produjo mi salud,  
Y que era una ingratitud  
No cumplir lo prometido,  
Y más habiendo sabido  
Aquel suceso el Prelado,

Por un propio que fué enviado  
 A dar noticia y pedir,  
 Pueda el Hábito vestir  
 Siquiera después de muerto.  
*Yo estaba del todo incierto*  
*Por más que reflexionaba;*  
 Pero ya en el caso estaba  
 De hacer cuanto me decían,  
 Y sólo lo que querían,  
 Porque yo en aquel estado  
 Estaba tan *abeatado*,  
 Como los que están de moda.  
 La naturaleza toda  
 Creí se hubiése trastornado,  
 Y según había quedado,  
 No aseguraba vivir.  
 En fin, vine en consentir,  
 Muy humilde y abatido,  
 En verme otra vez vestido  
 Del Hábito Regular,  
 El que se fué á trabajar  
 A la brevedad posible.  
 Y al momento ¡cosa increíble!  
 El barbero se asomó,  
 Y el cerquillo me rapó,  
 Sin ninguna novedad,  
 Porque de mi enfermedad  
 El médico respondía,  
 Porque así me lo decía,  
 E yo así lo quise creer  
 A la fuerza y al poder.  
 .....  
 Cuando menos lo pensé,  
 .....  
 Con el Hábito y el cordón

Vi entrar á mi confesor,  
 Que me dijo con amor:  
 “La obra se va á concluir:  
 “Ya que se le pudo abrir  
 “Corona y cerquillo llano,  
 “El Hábito Franciscano  
 “Le traigo ansioso y cumplido,  
 “Porque con él ya vestido  
 “Le quiero en mis brazos ver  
 “Todo lleno de placer.”  
 Nada tuve que decir,  
 Sino sólo *sucumbir*.  
 El Hábito me vestí  
 Y en un momento me ví  
 Segunda vez Religioso.”<sup>1</sup>

Este estilo deja trasparente, que la conversión del pobre fraile, que tan sincera había sido al principio, comenzó á dejar de serlo bien pronto; que su victoria había sido momentánea, dejando malograrse la divina gracia que tan poderosamente le había llamado por medio de la enfermedad, y por el caritativo ministerio del santo y admirable apóstol de Izamal, Fray Manuel Martínez del Sacramento. Por lo demás, sépase que aquel desgraciado fraile, volvió á secularizarse años después. ¿Y quién podrá asegurar, que hubiese vuelto á recibir y utilizar en su

1. Acaso algunos, sin penetrarse bien de nuestro verdadero objeto, llevarán á mal la inserción que hacemos de estos versos: no los publicamos por mérito alguno literario, que ciertamente ninguno tienen, ni mucho menos los presentamos por el fin que su desgraciado autor se propusiera al escribirlos; sino únicamente como un documento histórico irrefragable de la diferencia esencial que hay entre el fraile bueno y el indigno. Así en el Evangelio se presenta la horrible pintura del apóstol traidor, como totalmente contraria á la de los apóstoles fieles. Por qué? Porque con esto se tapa la boca á los enemigos del clero, que apuntando al mal sacerdote, pretenden hacer de él el único tipo del hombre de Iglesia. Ellos se equivocan en verdad, porque los tipos son dos, así como hay dos ciudades: la de Dios y la del mundo.

muerte los extraordinarios auxilios de la divina gracia?  
¿Quién podrá asegurar la eterna salvación de su alma?

Mas á vuelta de todo lo que en este capítulo dejamos referido, hemos podido ver frente á frente el uno del otro, dos opuestos tipos, y sus opuestas obras, completando, á la vez, por esta parte, la historia del celo y demás virtudes evangélicas de nuestro Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento.



## CAPITULO XII.

DE LA VIDA INTIMA Y OTRAS PARTICULARIDADES  
DEL VENERABLE PADRE.

**T**ODOS los honores prelativos, las mitras y los báculos pastorales había rehuido el Venerable Padre Fray Manuel Martínez, por ir á buscar la amada soledad del retiro humilde y oscuro del anacoreta contemplativo y del incansable apóstol.

Sí, con lo que dejamos expuesto en los capítulos precedentes, y con lo que en éste vamos á narrar, vendrán nuestros lectores en el más pleno conocimiento, de que la vida del Venerable Padre fué toda, no sólo de trabajo activo en el servicio de la Iglesia y en el bien de las almas, sino también de trabajo contemplativo y espiritual, esto es, de oración, ayuno y penitencia continua, observando la vida perfecta de los santos. Juntó en la más cumplida armonía, la vida activa con la contemplativa, desempeñando á un tiempo, así el ministerio de Marta, que trabajó afanosa en obsequio del Divino Maestro, como el de María, que escogiendo la mejor parte, no se quería separar ni un instante de escuchar y contemplar